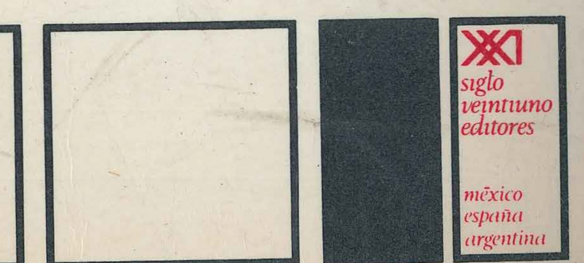
Sara de Ibáñez nació en Chamberlain, Uruguay en 1909 y murió en Montevideo en 1971. Su obra poética: Canto, 1940; Canto a Montevideo, 1941; Hora ciega, 1943; Pastoral, 1948; Artigas, 1952; Las estaciones y otros poemas, 1957; La batalla, 1967; Apocalipsis XX, 1970. Después de su muerte se publicó Canto póstumo, 1973.

"...unas poderosas manos de mujer uruguaya levantan hoy la vieja, temible y sangrienta rosa de la poesía, en esta claroscura hora crepuscular del mundo..." Pablo Neruda



sara de ibáñez

POEMAS ESCOGIDOS

POEMAS escogidos

sara de ibáñez





PRÓLOGO DE
PABLO NERUDA



la creación
literaria

POEMAS ESCOGIDOS

por

SARA DE IBÁÑEZ





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248. MÉXICO 20 D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBÍN 7, MADRID 33 ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
Av CÓRDOBA 2064, BUENOS AIRES, ARGENTINA

edición al cuidado de i. c. henríquez
portada de richard harte

primera edición, 1974

impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

HORA CIEGA (1943)

PASTORAL (1948)

ARTIGAS (1952)

LAS ESTACIONES Y OTROS POEMAS (1957)

LA BATALLA (1967)

APOCALIPSIS XX (1970)

PRÓLOGO

Montevideo, para recibir al Atlántico, junto a sus inmensos malecones, en cuyas paredes los niños escriben la palabra "Poesía", ha levantado estatuas a sus grandes poetas, los más graves, los más nocturnos y ciclónicos de la poesía universal.

Golpeadas por el mar y vecinas hasta darse las manos de piedra oscura, emergen las cuatro esculturas ardientes: Lautréamont, Laforgue, Herrera y Reissig, Agustini.

Gaviotas y otras aves del Río de la Plata se acumulan para descansar y dormir sobre las doloridas estatuas ciegas, así es que de amanecer, cuando con mis camaradas Jesualdo, Saralegui, Podestá, Capurro, Ibáñez llegábamos hasta ese recinto marino, entre la delgada niebla escuchábamos un ruido de pájaros salvajes, un aleteo innumerable que elevándose de sus hombros y de sus liras dejaba descubrir, de pronto, las presencias silenciosas.

En esta atmósfera de aire alado y de veneración elemental ha crecido, secretamente, Sara de Ibáñez, grande, excepcional y cruel poeta. Junto a esas sombras de piedra estelar, bajo los gigantescos dinteles infernales, entre estos dedos de fuego y sombra heridos por la luz abandonada del litoral, había pues, un corazón de palpitante rama, un coral vivo creciendo en el esplendor sumergido. Estructura y misterio, como dos líneas inalcanzables y gemelas, tejían de nuevo la vieja, temible y sangrienta rosa de la poesía. Y unas poderosas manos de mujer uruguaya la levantan hoy, brillando aún de sustancias originales, en esta claroscura hora crepuscular del mundo.

¡Magnificada mano, sal misteriosa! Ella se forma, en su fondo sin tiempo, endureciendo allí la raíz cereal y

la deslumbradora faceta. Ella aguarda su destino, sobrepasa las épocas del vapor y del humo, y cuaja su sagrado mineral en agudas flechas que atraviesan la sangre.

Quien conozca estos productos humanos verá que esta mujer recoge de Sor Juana Inés de la Cruz un depósito hasta ahora perdido: el del arrebato sometido al rigor: el del estremecimiento convertido en duradera espuma. Verla a ella, ver su dolorosa y extraordinaria belleza, en que el cutis de cera perdida rodea los ojos inmensos y estancados de los que brota una luz verde, mirar todo su ser maduro y moreno es comprender nuestra mayúscula América: tiene en su belleza taciturna, algo de Gabriela Mistral: es tal vez un aire misterioso y grandioso, un encadenamiento volcánico que no nos es dado descifrar. Es, sin embargo, mucho más fina que la geológica araucana: todo su rostro, mas no su corazón, han sido endulzados: la raíz sigue siendo amazónica y caudal.

Escribo estas líneas en un barco, junto a las costas de África. Ya comienza el mar a sostener cañones, y el aire a entrar en la venenosa y moribunda hora de la guerra. La fuerza ha exterminado mucha luz en España. Y Austria, Checoslovaquia, Albania muestran también sus desgarradores charcos de sangre humana. Las tinieblas invaden el otoño blanco de Europa.

Y en estos días de océano, los versos mil veces leídos de Sara de Ibáñez han sido americana agua dulce en mi garganta, pero llegada de los ventisqueros de España, de las cimas rayadas ya por las nieves eternas. Sí, la indestructible nieve clásica conforma estas nuevas edades de nuestras praderas, trayendo un material definitivo, una osamenta precisa a la cual Sara de Ibáñez adhiere su cauce incendiario.

Bien recibida sea: es de la más alta aurora. Y para esta recogida furia poética, como para María Luisa Bombal, maravillosas criaturas, salidas a la luz no como indecisos

fantasmas sino como medallas claras, ardientes y definitivas, devolviendo en su metal duro y duradero una luz vuelta a la muerte, luz de estos agónicos y crueles estados de la tierra: para ella, para ellas, reverencia y adoración. Aquí agoniza un término y se determina un nuevo universo radiante.

PABLO NERUDA

S.S. Campana, abril de 1939

CANTO

Buenos Aires, Losada, 1940 (prólogo de Pablo Neruda)

ISLA EN LA TIERRA

Al norte el frío y su jazmín quebrado.
Al este un ruiseñor lleno de espinas.
Al sur la rosa en sus aéreas minas,
y al oeste un camino ensimismado.

Al norte un ángel yace amordazado.
Al este el llanto ordena sus neblinas.
Al sur mi tierno haz de palmas finas,
y al oeste mi puerta y mi cuidado.

Pudo un vuelo de nube o de suspiro
trazar esta finísima frontera
que defiende sin mengua mi retiro.

Un lejano castigo de ola estalla
y muerde tus olvidos de extranjera,
mi isla seca en mitad de la batalla.

ISLA EN EL MAR

Marineros gastados sobre el puente.
Niebla en la sangre; su mirada anegan
cicatrices de adioses y navegan
con un mapa de miel bajo la frente.

De pecho adentro marinera gente.
Firmes vigías que las algas ciegan
en el silencio en que los peces juegan.
Voy a llorar en vuestra lengua ausente.

Ni troncos, ni veleros en desvelo,
ni puños de cristal en la garganta,
ni dios sin rostro en el oscuro cielo.

Una tierra obediente a mi sonrisa,
un lugar sin raíz que gira y canta,
donde la muerte nunca tiene prisa.

ISLA EN LA LUZ

Se abrasó la paloma en su blancura.
Murió la corza entre la hierba fría.
Murió la flor sin nombre todavía
y el fino lobo de inocencia oscura.

Murió el ojo del pez en la onda dura.
Murió el agua acosada por el día.
Murió la perla en su lujosa umbría.
Cayó el olivo y la manzana pura.

De azúcares de ala y blancas piedras
suben los arrecifes cegadores
en invasión de lujuriosas hiedras.

Cementerio de angélicos desiertos:
guarda entre tus dormidos pobladores
sitio también para mis ojos muertos.

1939

LIRAS

I

Rosa, rosa escondida
—finísimo cometa de jardines—
que en mi carne aprehendida
cierran los querubines
con una lenta curva de violines.

Herida, herida vienes.
Tu sangre por mis venas adelantas;
en mi voz te sostienes,
y sobre aéreas plantas,
amor secreto de la hoguera, cantas.

El filo vigilante
del hielo te cercó por la negrura.
Atravesó el diamante
tu briosa frescura
y fue sólo un perfume tu armadura.

Tu vuelo sumergido
sorprendió la raíz de los desiertos.
Yo escuché tu latido
a través de los muertos
que aún tiene tu relámpago despiertos.

¿En mí vas a apagarte?
¿Voy a ser yo el silencio de tu fuego?
¿Logrará sujetarte

este círculo ciego,
esta prisión amarga que te entrego?

¿O soy yo quien me fundo
en una claridad desesperada,
y contigo me hundo
y ya voy libertada
sin comprenderte y en el sueño anclada?

III

Pasan ciervos heridos
entre las acres brumas, jadeando,
por su sangre seguidos.
Pisan un cielo blando
ya por aires sin patria respirando.

Pasa una golondrina
sobre flecha de sal y flor secreta,
y su cabeza fina,
llena de luz violeta,
al fiero cisne de la espuma reta.

Pasa el pez sorprendido
en el lunario fuego de su escama.
Nada en un mar huido
que de lejos reclama
la blanca herida de su aguda llama.

Pasa un reptil mordido
por una gran palabra con espinas.
Su corazón caído
deja escapar divinas
palomas engendradas en sus ruinas.

Pasan llorando nieve,
tan cerca que me enfrían la mirada.
Mi boca no se atreve,
fija en su doble espada,
a detener la rueda disparada.

Y a la luz que me grita
hurto el pecho, y tenaz desobedezco

al ángel que me habita.
En dura tierra crezco
y mirando mis huesos envejezco.

IV

¿Por qué me duele el cielo,
su luz de llaga que olvidó la muerte?
¿Por qué este oscuro duelo
que mi lengua pervierte
y en mi propio verdugo me convierte?

Voy a vivir la estrella,
voy a tocar su frente de alegría.
Voy a matar la huella.
Voy a estrenar el día.
Voy a olvidar la gran palabra fría.

Voy con el agua entera
llena de pechos vivos y rumores;
la mansa, la viajera
de los largos temblores,
la de los infinitos ruiseñores.

Voy por la savia oscura.
Voy a crecer con cedros y palmeras.
Voy por la rosa pura,
por las enredaderas,
por los pausados musgos de las eras.

Por la vena del oro
suelto mis minerales sensitivos.
Gastaré mi tesoro,
mis panales altivos,
la silenciosa luz de mis olivos.

Voy a escapar... ¡Ya siento
flotar mi gran raíz libre y desnuda!

Pero no... Me arrepiento
y tuerzo el ceño, ruda,
amarga, amarga, amarga, amarga y muda.

VIII

Sosegaré a mi nube.
Diré: Vuelve a tu cisne innumerable.
Al aire grande sube.
Déjame en lo durable.
Dispersa ya tu muro imponderable.

Quiero mi luz perfecta,
mi firme desnudez de piedra antigua.
La simple vía recta
y la vertiente exigua
que toda sed sin alas apacigua.

Diré a mi nube blanda:
Can de mi pensamiento, vuelve al río.
Tus espumas desanda.
Muérete en el rocío,
en el oro, en la sangre y en el frío.

Deja en paz mi cabeza
desfigurada por tu mar volante.
No quiero la destreza
de tu piadoso guante
ni tu victoria tímida y menguante.

Vete, disfraz del llanto.
Arráncame tu hiedra engañadora.
Sáname de tu encanto
estas briznas de hora
en que tu eclipse audaz no me devora.

Retorna a la difusa
fuente donde busqué tu mal amigo.

Mi silencio te acusa
porque ya no consigo
consumir sin dolor mi oscuro trigo.

III

Abeja que sostienes tu oro antiguo
y sabes el color de la alegría,
secuestrada en tu firme geometría
la muerte incuba su silencio ambiguo.

Ayúdame a ordenar mi pecho exiguo
derramado entre el canto y la agonía.
Que sobre inmensa flor de miel al día
vi afirmar sus columnas, atestiguo.

Tú me ignoras tocándome la frente
y traspasas espectros de praderas
en la abrasada niebla de mi aliento.

No me ves, ni tu boca me presiente,
pero en la cumbre de la rosa esperas
mi futuro mensaje sobre el viento.

IV

Agudo aroma de jardín extinto
ciñe sierpes de escarcha a mi cintura.
Fuera del aire, en soledad madura,
campos de jaspe me abren su recinto.

La voz muerta en su tierno laberinto
entre flautas de lirio y seda dura.
Sobre una selva de coral, oscura,
sellados mis panales de jacinto.

Isla del cielo... Arisco valle espera
entre montañas de ateridos flancos
donde laboran ángeles de cera.

Y en silencio sin fin, con mano leve,
labra angustiado mis palacios blancos
el geómetra secreto de la nieve.

V

Lengua del mal, guijarro de la muerte:
con la finura de un puñal escueto,
me rozó la cintura tu secreto
y consumí la luz por comprenderte.

En puros signos pretendí esconderte,
color de sangre anclada y viejo abeto.
Tajó mi voz tu pálido esqueleto...
Mi garganta no pudo contenerte.

A veces pasas por mis ojos, lento,
como un leopardo de humo que se estira
hasta morir hilado por el viento.

O en mi sonrisa encubres, de repente,
un ángel sosegado que se mira
arder los pies sobre incendiado puente.

II

Mi boca dio una flor para abolirse
sin repetir su fina arquitectura.
En el viento cayó su forma pura
y fue en secretas tumbas a pudrirse.

Comenzó mi raíz a desasirse
y echó a andar sus arroyos de locura.
Sin fuentes ya, sobre la sombra dura
retorcieron su sed hasta morirse.

Con lumbre de palomas y rocío,
con el jazmín fantasma de la espuma,
con las curvas del vuelo y la caricia,

puedo reconstruirte, sueño frío,
en un hueco salobre de la bruma
donde la muerte su alfabeto inicia.

IV

Rama de alas en el aire muerta.
Raíz de vuelos que la sangre anuda.
Librados nervios de guitarra muda
yacente bajo arena y mar desierta.

Tierno acero del agua, espada incierta,
entre metal y flor, tembló desnuda.
Quebróla un eco, su batalla aguda,
antes de entrar por la encendida puerta.

Enlutaron su oído hierba y ave...
Dejóse en su arrayán morir la abeja,
y el llanto pudo ser, halló su clave.

Con espinas de sal quemó el rocío,
y el mundo tuvo una sonrisa vieja.
Aquel grito tan nuevo no era el mío.

A ROBERTO

III. TÚ, ENTRE MONTAÑAS

¡Oh amor de tierra y nieve,
oh amor frío!
¡Oh pinares que suben como verdes puñales!
¡Oh verde y negro y blanco por la asombrada sangre!

¡Oh blancura que mata!
Tú la miras.
Ay, peso de palomas en el menguado pecho.
Tormenta de azucenas, blancos potros de hielo.

¡Oh afilada blancura!
Tú la sufres.
Tú llorando tus éxtasis por los solemnes aires,
los ojos derramados en la olvidada carne.

Tú andando entre montañas,
combatido.
Tú asediado, mordido por blancos instrumentos.
Tú entre la blanca música que enfría el blanco viento.

Tú por entre montañas
castigado
por un bello suspiro de muerte que te enseña
una miel que traspasa las leyes de la abeja.

VIII. TÚ, ECHANDO A VOLAR CARTAS

Caminos y caminos
enredados
vienen desde tu sangre con su rumor de selva,
con llama azul y blanca de llaga y de nevera.

Caminos y caminos
tropezando
vienen entre montañas y llanuras eternas:
mojados y floridos, hierro, temblor y seda.

Vienen atravesando
tierra y cielo,
Vienen blandiendo espumas, agua, luz, aguijones,
ríos de heridas flautas y jaurías de flores.

Vienen, vienen y llegan
a rodearme,
los caminos que saltan como venados lúcidos,
afinados de fiebre, desde tu pecho oscuro.

Convocando a los vientos
yo te miro,
echando a volar cartas donde mi nombre empieza
un destino de pájaro nacido en tu obediencia.

XV. TÚ, HAS VUELTO

Dame la mano ángel
sin heridas.
Piedra, dame tu esquivo corazón sin arrugas.
Nube, dame tu rostro de repentina fruta.

Hermanos, sostenedme
la alegría.
Temo que la ceniza me invada de repente.
Voy a caer sin sangre, van a volar mis sienes.

Pasa una larga rosa
por mis hombros.
Un mar adolescente me riza los cabellos.
Mis pies tocan apenas las cúpulas del viento.

Hermanos, rodeadme
porque temo
que mis ojos se alejen como trompos de niebla
o que sobre mi pecho se derrame la tierra.

Ángel sin duelo, dame
tu sonrisa.
Corroboradme hermanos para que yo no encuentre
sino andando a través de sus ojos la muerte.

1938

CANTO
A
MONTEVIDEO

Montevideo, Impresora Uruguaya, 1941

I

Siguiendo los temblores de un pájaro en el viento
dormían con el pecho cerrado las colinas,
firme bajo la hierba su oscuro movimiento.

Entre tiernos arroyos y fragancias marinas,
las nubes vegetales alzaban guerreando
venas de fresco azúcar y saladas espinas.

El océano entraba por el aire cantando.
Su lengua de algas frías y duros caracoles
en las blancas orillas reposaba tremando.

Y los ardientes limos quemados por los soles
del Río de los Pájaros, flechas de llama lenta,
estremecida tierra de verdes tornasoles,

abriendo del estuario la garganta violenta,
nublaban los metales del Atlántico duro,
sus claros ademanes de invasora tormenta.

Aquí estaba creciendo el secreto futuro,
la raíz de tus huesos, ciudad de hierba y canto,
fina estrella de sílice y jazmín inseguro.

Te cruzaban los hombres sin sonrisa y sin llanto,
puros como las bestias que el cielo custodiaba.
Medían tus perfiles sus ojos sin espanto.

El amargo charrúa tus sienes calentaba
y la arisca inocencia de su sangre extinguida
con la más ardua rosa tu corazón fundaba.

Suya y de las gaviotas, de la nutria pulida,
de las doradas liebres y las finas torcaces,
con águilas y pumas secretos compartida,

fue la tierra en que te alzas. Y los cielos fugaces,
y la lluvia que henchía las pitangas sabrosas
y mojaba las dulces raíces montaraces;

La brisa que meneaba las ramas olorosas,
la sombra de los montes cortada sobre el río,
y la sed de los pájaros, sus lenguas jubilosas;

las escamas brillantes temblando en el rocío,
los talas y los molles, los ásperos juncales,
los torvos espinillos y el sarandí sombrío;

Los cactos agresivos, los turbados panales,
la roca sometida con dolor, las hogueras
y el olor de la tierra llena de manantiales,

suyos fueron; sus brasas, sus raíces guerreras
salen para ceñirte la afelpada cintura
con ojos de amapola ocultos en las eras.

Su aliento sepultado los maizales madura
y sube, por tus muros, la ceniza bravía
que fue piel en sus pechos vírgenes de armadura.

El hijo de tu ausencia desnudo combatía
y entraba humildemente al polvo repentino,
con un pájaro abierto sobre su frente fría.

Del Paraná-Guazú la blanca espada vino.
Su inmaculada espuma quebró la carabela:
como herida de tigre fue su primer camino.

Abrasaba sus lomos la sombra de la vela,
tendida sobre finos cardúmenes de acero
que cruzaban sus rayos con la invasora estela.

El Paraná-Guazú gemía prisionero
mirando las canoas que sus aguas mimaban
encogerse en las llamas del arenal costero.

En aquel Monte Vide tus cimientos volaban.
Bajaste de los aires como nube o paloma
a encerrarte en las verdes palmas que te esperaban.

Tu cerro niño, arisco, Solís con preces doma
y la sangre de España bautiza tus gramillas.
Huellas de pie calzado hienden su duro aroma.

Ya frente a frente luchan dos rosas sin rodillas,
dos leones que mezclan uñas, alientos, venas,
dos ríos combatientes que mojan tus semillas,

dos brazos que no saben calentar las cadenas,
dos centellas de sangre que se anulan el fuego,
dos vivos remolinos abriendo tus arenas.

El español traía envainado en un ruego
el filo de su espada, su hambre conquistadora
y el rostro de su dios sobre su pecho ciego.

Y el indio defendía su nube voladora,
sus peces, sus ñandúes, sus sauzales dormidos,
las difíciles mieles de su sierra sonora.

Habías de nacer con los dientes crecidos,
como un ángel mestizo de jaguar y de espuma
que se mira bramando los costados heridos

y sumerge las hierbas sin que se le consuma
la corriente bravía que en los huesos le crece
y le llena la boca con encendida bruma.

Sobre la blanca frente de Zabala amanece
tu pequeño relámpago, cachorro combatido.
Ubre de leche amarga tu quijada endurece.

Siete hogares alumbran tu pan recién nacido.
En tus muros de barro, la libertad alzada.
Clavado en cada puerta, su escudo amanecido.

Creciste resistiendo a la mano enguantada.
Sus caricias pesaban en tus hombros pujantes
y apenas pudo ser su curva gobernada.

Era tu sangre joven, herencia de gigantes:
adulta como el mar y la pampa naciste
sacudiéndote el beso y las sedas fragantes.

De tu orgullosa madre las voces desoíste:
en tus mismas entrañas trazaste las fronteras
y el rostro amenazado pero libre volviste
para mostrar al cielo tus flamantes banderas.

VII. PLAZA DE LAS CARRETAS

Desde todos los campos el Uruguay te inclina
perezosos senderos, lazos enternecidos
que atan a tu cintura el valle y la colina.

Llegan a acariciarte los varones curtidos
que se arrugan colmando tus crecientes graneros
y te acercan fragancias de maizales y nidos.

Llegan a proveerte los rudos caballeros
sobre las bestias húmedas de sudor y relente
que traen en los ojos los últimos luceros.

Los rubios bueyes tumban la cabeza paciente
sobre la rumorosa Plaza de las Carretas,
donde el trigo pregona su promesa caliente.

Mojan los anchos cascos frescos zumos violetas
de tallos macerados sobre la tierra dura,
con el primer rumor de las brisas inquietas.

Aquí viene a volcarse la cosecha segura:
las verdes hortalizas que enaltece el rocío,
el espumoso aroma de la avena madura.

Hormiguean los frentes del chato caserío.
Los ponchos hacen alas en los hombros cuadrados,
y gira en las espuelas una estrella de frío
que ilumina los pies de los gauchos callados.

HORA CIEGA[*]

Buenos Aires, Losada, 1943

HORA CIEGA

Luto para la rosa.
Negra espina en su sien desventurada.
La flecha melodiosa
del trigo, va enlutada,
goteando noche hasta la mesa helada.

Luto para la abeja
bajo el humo y la sal de la ceniza.
Lastimada y perpleja
su rubia perla iza
entre el escombro que la martiriza.

Luto para la rama
del cerezo y la luna en los vellones.
Luto para la llama
de los melocotones.
Luto para el rumor de las canciones.

Porque llegó la hora
de la huida y el rumbo entre los muertos.
¡Volver a la roedora
boca de los desiertos
cuando el río y la miel están abiertos!

Cayó la bestia pura;
su dócil sangre aun en los aires canta,
y de su blanca hondura
temblando se levanta
y otra vez en el musgo hunde la planta.

Cayó el león ofendido.
Lamió con triste lengua su frontera.
En el círculo hendido
la ceniza guerrera
alza su rosa elástica y espera.

Entre el viento y la tierra
fue el terco golpear, el hambre dura,
el cielo que se cierra
como una concha oscura
y el pecho padeciendo su negrura.

Ya fue el pausado día
de inventar paraísos duraderos.
Ya mostró la alegría
sus calientes graneros,
y guardaron los hombres sus corderos.

Y ya fue el día ciego.
No rompe el ojo su gastado nudo;
el balbuciente fuego
cada vez más agudo
sale del torpe huevo más desnudo.

Fue la aurora de hierro.
¡Custodias de metales calcinados!
Fundido fue el encierro.
Los cantos comenzados.
Las palomas y el mar fueron hallados.

Fue Dios amaneciendo.
La flor ardió en el llanto, entró en las venas.
La tierra fue sintiendo
un dolor de colmenas.
Y fue la espuma sobre las arenas.

Fue la niebla de oro
subiendo de la viña y del manzano.
Y equilibrado el coro
del laurel y del grano,
su estrella intacta descubrió la mano.

El monte hasta su nieve,
el agua hasta sus mágicos furores;
la nube hasta su leve
respiración de flores;
la selva hasta su sol de ruiseñores,

crecieron y crecieron.
Creció la frente hasta habitar el frío.
Los oídos crecieron
hasta escuchar el río
que corre entre la hormiga y el estío.

Hecha fue la sonrisa
como el ramaje lento del secreto.
El color de la brisa
su material escueto;
relámpagos de azúcar, su esqueleto.

Los ángeles hablaron
con briznas de crepúsculo y granizo;
a la hierba asomaron
el rostro quebradizo,
y el receloso mármol se deshizo.

La flor del hombre, alerta,
subió contra la nieve y el gemido;
y la sangre despierta,
desde su seco olvido
vino a nutrir el germen defendido.

¡Ah, tocar el aliento
que mueve las colinas y abre el día!
Enamorar al viento
con una melodía,
y no temblar de pecho que se enfría.

¿Qué huracán de miseria,
qué nube de embozada podredumbre
ha quebrado su arteria
sobre la heroica lumbre,
y ahoga y hiende al ángel en la cumbre?

¿Qué sordera furiosa
nubla el sagrado acento de la llama?
Su palabra amorosa
sobre escarchas derrama
el labio amargo que a lo lejos clama.

Porque todo está herido
y entre dientes y lágrimas transita.
Madura el alarido
de la bestia infinita
que su antigua tiniebla necesita.

Los ángeles hablaron:
el aire aun quiere defender las voces
que tímidas cruzaron
sus arroyos veloces,
entre amenazas de perdidas hoces.

Vuelven la cara austera
comida por el rayo y la desgracia,
y cierran su frontera
con una pluma lacia.
Mana el desierto a espaldas de su gracia.

Todo gira cortado,
ciego, perdido en sangre, en isla hundida.
Bajo el canto cuajado
ruge la mala herida.
¡Cómo parar esta infeliz huida!

1941

SITUACIÓN

Veo al trigo
creciendo.
Levantando su nube que arquean ternísimas flechas.
Veo al trigo buscando su agonía a la luz de las venas.

Veo al trigo
confuso.
Su espesura de oro jadeante, su futuro de alientos y
brazos;
extendido hacia el túnel de sangre que cubre su canto.

Veo al árbol
sin prisa,
preparando los curvos aromas, los verdes gemidos,
el ligero temblor de una fiesta en el viento sumiso.

Veo al árbol
abierto,
extrayendo su entraña segura, su luz sin fatiga,
sus nupciales azúcares lentos, su muerte tranquila.

Veo al agua
esculpiendo
su fragante vigilia, tumultos de flor en su lengua.
Trepadora, minada de bocas, urgida por pechos y hierbas.

Veo al agua
turbada,
construyendo raíces, alumbrando sus pueblos de islas.
Sometida a la rueda del germen su oscura alegría.

Veo al campo
gritando.
Reclamando las viñas, las manos, la avena, las hoces.
Pies desnudos, felices andares, calientes rumores.

Veo el haz
de la tierra.
La gotita de agua que enciende los tallos del trino.
La finísima hojuela que aguarda los blandos hocicos.

Agujeros
y ramas.
Las cortezas, las tiendas del limo, las secretas montañas,
el viento
Caracoles, alondras y pumas que no lloran sus hambres
al cielo.

Veo, sufro,
atestiguo:
cae la herida manchando azucenas, mordiendo los huesos.
¡Infelices criaturas que lamen la piel del acero!

Desertoras
criaturas,
con el beso difunto, desiertos pastores de aullidos,
enterrando en el fúnebre estiércol los panes y el vino.

Sólo, sólo
vosotras
enmendando a la muerte, torciendo la luz de su rostro.
¡Para siempre el temblor, para siempre, guerreros sin
ojos!

NIÑOS (EN LA GUERRA)

Ellos también, extraños, cruzados por el ángel,
cercados todavía por un lirio profundo.
Mirando desde lejos, temblando desde lejos,
como las bestezuelas que ven subir el humo.

Ellos también, marchando debajo de los mares,
debajo de la tierra comiéndose las alas.
Curioseando sus llagas, donde la muerte pía,
sus amarras de leche roídas por la escarcha.

Ellos también, sorbiendo por las flacas raíces
veneno incomprensible, desiertos paraísos.
Ellos hacia una espiga limada por el llanto,
quebrado ya su pecho, su resplandor tardío.

Ellos también quemados por las hinchadas lunas
que suben de los charcos donde se pudre el alba.
Detenidos, ahogados por violentos cipreses,
arrastrando sus largas palomas oxidadas.

ADOLESCENTES

Los inventados barcos sin cañones, sin mares,
alzados en el musgo o a la orilla del viento.
Arduas navegaciones, delfines de madera
y batallas cortadas con un beso.

Tan cerca todavía del inerte caballo
que relinchaba en sueños erizando las bridas,
cuando entraban al río con la frente indefensa.
Tan detrás de la muerte la sonrisa.

Apenas despegados de la rama, mostrando
sus pieles transparentes las cicatrices nuevas.
La mitad de los ojos obediente al acero;
la otra mitad, jugando entre la niebla.

Divididos, huyéndose, un escorpión y un ángel
les acaban el pecho lleno de cerraduras.
Ni la tierra ni el cielo, el más quebrado exilio,
el más punzante pan sus lenguas busca.

1941

CAÍN

I (EL MAR)

El pecho derramado,
huyéndose cautiva las riberas.
Cuaja en gaviotas de ateridos huesos,
su amarga lengua.
Ceñido está, clavado en su secreto.
La muerte vela.

Alguien corta la espuma.
Su nácar suspirado se destrenza.
Su delgado panal el fuego atisba
por las banderas.
El humo invade su ágil geometría.
La muerte vela.

Peces despavoridos
gimiendo eluden la voraz tormenta,
la sucia nube, el extranjero rayo
que la gobiernan.
Cultivan ebrios su temblor salado.
La muerte vela.

Pegados a su cara
y abrasando el silencio de sus venas,
con un racimo cruel de verdes besos
dormidos yerran.
Dormidos sin querer manchan el cielo.
La muerte vela.

Alza su crespo grito
erizado de conchas y de hierbas.
Lleno está el cielo de mordidos ayes,
de sangre lenta.
Clama el mar por sus viejas soledades.
La muerte vela.

II

Tu corazón estaba oscuro
y fresco el barro de tu frente.
El ciego aroma de las raíces te halló desnudo.
Cerca del agua tu mano abría su musgo alegre.

Caín, tu fresco barro ardía
con el silencio de las parvas.
Tus dulces venas alzaba el eco de las encinas
y en el rocío tu dócil lengua se clausuraba.

Cerrado el aire de la esfinge
y al duro aliento de las flechas,
lejos del iris guardaba el bosque tu pecho firme.
Tu boca humilde cogía el premio de sus fronteras.

Salía frágil la mañana
de los arroyos de tu paso.
Limpio dormías en tu llanura, varón de savia.
Como una abeja pesaba el cielo sobre tus labios.

Ayuno estabas de pregunta.
Fuera del llanto detenido.
Te limitaba tu piel caliente como a las frutas
y no elegía la luz ni el grano tu amor sumiso.

III

Quiso el alba tocarte
y no reconoció, Caín, tu cara.
Le buscabas los dientes a tu estrella.
No viste el alba.
Estrenaba, tu sangre sin tormentas,
uñas y alas.

Tu pie quemaba el aire.
Tu armadura animal golpeaba el cielo
y hundías en las vísceras del monte
tu ajado aliento.
Asomado a las nubes y a los bordes,
ibas despierto.

Es que tu lengua hacía
los duros nervios de su lis rabiosa.
La flor ahogada su violento polen
cuajó en tu boca.
Se turbaron las médulas del roble.
Calló la alondra.

Los cedros sorprendidos
que en el espejo de tu piel se amaban,
vieron sangrar las puntas de sus hojas
en tu mirada.
De pronto, abiertas como heridas sordas,
te iluminaban.

Ya andaba tu cabeza
por las altas espinas combatiendo.
La corona del trigo quebrantaba

tu paso nuevo
y sobre el resplandor de tus sandalias
lloraba el heno.

IV

Tu corazón flotaba libre,
verde panal, isla cerrada.
La cauta ola clavó en sus bordes blancas raíces.
Pobló tu sangre la muchedumbre de hundida cara.

Cuando tocaste el fiel sarmiento
que unía tu boca a la abeja,
tus pies al junco, la nieve al sordo pan de tus huesos,
tus manos puras al denso rizo de las culebras,

cuando empinó la rosa arisca
su blando fuego en tu garganta,
y por tu idioma volaron ríos y golondrinas,
y el polen tierno cambió en tus ojos la luz postrada,

supiste entonces, barro nuevo,
la división de tus arterias.
Viste al gusano roer la dura miel de tus dedos,
la gran vigilia que levantaba tu boca muerta.

Viste su selva y tu paloma.
Mordiste tu primer guijarro.
Llena de lágrimas, en el invierno cayó tu sombra.
La tierra abría su fresco vientre bajo tu mano.

V

¿Por qué, Caín, abriste
a los chacales de velluda zarpa,
más puertas que a la lluvia y a los lirios
de tu montaña,
y dejaste crecer al enemigo
que te nublaba?

¿Qué hierro innecesario
en tu vigor de olivo se escondía,
y estiraba sus pálidos guerreros
de lengua esquiva,
hasta quebrarte en la raíz del pecho
la exacta fibra?

¿Por qué escondiste el rostro
cuando volvió tu nombre de las hierbas,
y encerraste en las dóciles orillas
su imagen vieja?
Goteando helada herrumbre, tu sonrisa
entró en la niebla.

Se ahogaron en tu sangre
las tórtolas, los gamos transparentes.
Invadieron tu piel desventurada
oscuros peces,
y humilló tu cereal su tierna llama
bajo sus vientres.

Hambriento entre tus panes
devorabas la sobra de tu reino.
Caían de tus hombros y tus sienes

panales secos
y a tus espaldas míseros laureles
movía el viento.

VI

Caín estaba herido y solo,
lleno de hinchadas madrigueras.
Sus ademanes iban borrando salvias y arroyos
y por sus flancos arqueaba el tigre la rosa ciega.

Pájaros de tierra transida
punzaban su frágil retorno.
Fantasmas fieles entre sus huesos se defendían
y levantaban sordas espumas hasta su rostro.

Lo devoraba su isla triste
creciendo por los bordes vivos.
En vano alzaba jadeando al viento de los neblíes
entre marchitas lenguas de lluvia su ángel raído.

Erizados como sarmientos
los fríos rumbos de su carne,
retrocedía frente a su estrella de insulso fuego,
buscando a tientas muertos sabores bajo su sangre.

Con el corazón estancado
a la altura de la vendimia,
postrado el surco por la renuncia de los manzanos,
cerraba arisco sobre sus llagas un cielo en ruinas.

VII

¿De dónde vino el golpe
oscuro a corromperte la sonrisa?
Se te quebró la curva del abrazo
y el ala limpia.
Tu voz cambió por témpanos y cuarzos
su blanda espiga.

El ángel que paseaba
feliz por la costumbre de tu fiesta,
goteando abejas de ceniza, invade
la nube atenta.
La mitad de tu llanto y de tu sangre
moja su huella.

¿Por qué abriste tu oído?
¿Por qué dejaste circular el rayo
por las enredaderas y los brezos
inmaculados?
¿Por qué escuchaste idiomas prisioneros,
prohibidos cantos?

¿Quién hizo tu fantasma,
y separó tu pecho de tu pecho
poniendo a un lado el amoroso enjambre
y al otro el yermo?
Ningún camino entre tus dos andares:
vivos y muertos.

Levanta esa paloma
que en las orillas de tu sien jadea.
Salva el ramo de trébol y rocío

que ella te acerca.
La sombra lame el apagado pico.
Salva tu ausencia.

VIII

Lívido arcángel, dueño oscuro
de los callados resplandores.
La piedra abierta, los desgarrados ciervos, el humo,
todo en la antigua sed de tus huesos caído y pobre.

Pasó, Caín, tu suave hermano.
Tú, sin tu sombra y por lo ajeno.
La musculosa luz de las viñas le ornaba el brazo
y de sus hombros volaba el rastro de los corderos.

Viste yacer en su mirada
ángeles mudos con tu rostro.
En sus cinturas una gavilla se destrenzaba.
Lentos ganados comían hierbas entre sus ojos.

Guardaba el cielo en bronce y nardo
los pies lucientes de tu sangre.
La rama fresca de sus caminos crujió en tu mano
y el fruto muerto cayó en tu boca doblando el hambre.

Se alzaron las eras podridas
hasta caer sobre tu espalda.
Echaste a andar por el incendio de tu agonía.
En Dios desnuda y en Dios perdida, tu sombra aullaba.

IX

Desierta criatura,
tu larva de cometa amenazado,
punzadora, en la cresta de las llagas,
abre tu paso.
Sube el clamor del fuego hasta mi cara.
Te escucho, hermano.

Duermes bajo los huesos.
Te agazapan fluvial y oscurecido.
El limo de las médulas arrastra
tu espeso grito.
Su creciente coral arde y estalla
sordo en mi oído.

Aquí estás, aquí estabas.
Tu mano agobia el resplandor del surco.
Tu aliento arruga las abiertas hojas,
devora el musgo.
Tu sandalia de sal sobre mi boca
apaga el mundo.

Abel pliega su sangre
y se acuesta a morir entre sus perros.
La profunda matriz labró en tus manos
el rumbo ciego.
Caín, oigo el descenso de los llantos.
Aquí te veo.

Te hundirás en el humo.
De nuevo tu semilla entrecortada
irá a dormirse en las secretas fuentes

alborozadas.
Largo es el cielo: arráncate las sienes,
y otra vez, baja.

Retroceden los manantiales
con todas sus nubes intactas,
hacia la tribu que en seca noche duerme sus hambres
y aprehende oscura los mudos rizos de sus gargantas.

Llora la tierra por sus brotes,
por sus cortezas invadidas.
Su nardo tiene labios de queja, su pino encoge
pechos futuros bajo la escama de miel antigua.

La tierra quiere anclar su vientre,
borrarse los quemados ojos.
Le duele el duro racimo que abre la abeja urgente,
y el canto extremo que sale herido de los escombros.

Hiende el tumulto de las yemas
un pie larval que escupe el aire.
Por los sagrados olivos rondan oscuras lenguas.
Su rostro engrilla la luz guerrera del fruto en trance.

Llora la madre sin cansancio,
quiere olvidarse de su espiga.
La muerte coge la flor por dentro, detiene el canto
como a un infante bajo las aguas estremecidas.

1941-43

LOS PÁLIDOS

I

Vinieron a decirme:
ahora que eres de sal y dura nieve,
nube y espiga firme
que a padecer se atreve
el huracán que nuestro aliento mueve.

Ahora que estás de río,
de puro cedro, de azucena oscura,
y costumbres de frío
dice tu piel madura,
vas a tocar el rayo que perdura.

Vinieron a golpearme:
los pálidos golpearon en mi oído.
Vinieron a llamarme
desde tan alto olvido,
con tanta luz su acento defendido,

que necesario fuera
morir y más morir, estar muriendo,
para coger la fiera
palabra que bullendo
viene a mí desde mares que no entiendo.

Sería necesario
morir de rosa, de sapiente espiga,
agotar el ovario

de la exacta enemiga.
Morir paloma, miel, brezo y hormiga.

Por estrellas tan crueles,
qué temblores de hoja me asesinan.
Qué secretos laureles
el pecho me calcinan.
¡Qué celestiales flechas me adivinan!

III

Donde el águila extiende
su dalia de oro por la roca enjuta,
y su secreto enciende
la inmaculada ruta
que a los delgados líquenes enluta.

Donde bestias extrañas
se labran balbucientes corazones,
y lúcidas entrañas
en frías estaciones
cortan los pausadísimos ciclones.

Donde el insecto agudo
su llama urgente en el peligro dora,
y su vientre desnudo,
que la muerte decora,
su frágil raza cubre y elabora.

Donde el tigre se acuesta,
donde padecen hierbas encendidas
la presión de su fiesta.
Donde son corregidas
con una mariposa las heridas.

Donde la tierra ordena,
con tranquila matriz y limpio acento,
el cristal de la avena
y el rumor del aliento
que sube del puntual alumbramiento,

tú miras. Desde lejos
ves el dulce universo que diriges.

Y mis labios perplejos
con tanta vida afliges,
y entre todo temblor, mi pecho eliges.

IV

Pálido, soy contigo
para el largo panal y el diestro fuego.
Por la niebla te sigo,
entro en tu hálito ciego
y a tus espinas de violín me entrego.

Mírame en mi flaqueza,
fibra de humo y hueso del suspiro.
Endulza la rudeza
de la órbita en que giro,
de esta copiosa estrella en que respiro.

No me niegues tu cara,
resplandor y frontera de mi herida;
porque si se cuajara
tu rosa interrumpida,
si fuera tu paloma detenida;

si tu hierba cortada,
si sufriesen tus águilas clausura,
si cayese quebrada
la pálida escultura
de este mar que en mis manos se aventura;

si tu voz no mordiera
con lágrimas y espumas mi garganta,
esta celeste fiera
que mi sangre levanta
y alcanza tu sonrisa cuando canta,

de granizo y arena,
de miserable témpano secreto

haría su cadena,
hasta que un aire quieto
te volcase en la boca su esqueleto.

IX

Por este pie que engarza
siempre en la misma huella el sol preciso:
un ágil pie de garza
en su coral sumiso
y la estrella juncal que ahogarse quiso.

Por esta melodía
que turba el hueso y sangra resplandores:
la garganta que pía,
sus confiados clamores,
la humilde flauta abierta entre las flores.

Por estos ojos vanos,
castigo de arrecifes y fronteras:
la luz de los milanos,
la sal de las panteras,
la confianza del mar en sus riberas.

Por estas manos grises
quemadas por la siega y divididas
en ruego y cicatrices:
las garras distraídas
a las perfectas hambres sometidas.

Por este llanto ambiguo,
raza de espinas, yermo voluntario:
el fulgor más antiguo
del témpano corsario,
su azul y pertinaz vocabulario.

Cámbiame en brizna, en río,
pálido de las muertes jubilosas.

No me anula tu frío,
no me espantan tus rosas.
Renazco en tus entrañas poderosas.

SOLILOQUIOS DEL SOLDADO

I

Estos dientes que suben del suelo...
Nunca tuvo la hierba estos dientes.
Sus bracitos amaban mi rostro,
sus espinas jamás fueron crueles.

¿Qué ojo inmenso me mira sin tregua,
desprendido, cortado en el polvo?
Me atraviesa las manos caídas
y babea su luz en mis hombros.

Este duro descanso en la noche...
Qué rumor enemigo en mis sienes.
Ligaduras de hueso me estrechan.
Las arterias polares me hienden.

Yo no sé por qué orillas me pierdo,
qué frutales me llaman cantando,
por qué estoy en un barro crecido
absorbiendo lamento y gusanos.

Yo tenía una casa en el viento,
con oídos, con lengua, con ojos.
Me cortaron un tallo de sangre.
Nos secamos los dos sin reposo.

Yo podía mojar mis cabellos
sin la mugre del odio, tranquilos.

Sumergir mis rodillas cansadas
porque sí, porque el mar era mío.

¿Quién gobierna mis miembros amargos?
¿Qué serpiente disfraza mis besos?
Un profundo silbido me azuza.
Como una ácida bestia obedezco.

He prestado mi entraña sin quejas.
No me quiero morir tan extraño. . .
Recomienza mi antigua paloma
y el fusil se me borra en la mano.

VI

Es necesario herir, cortar las venas,
entrar al rayo, al frío, a la serpiente:
pisar frescos veleros en la frente,
morder la brisa, el canto, las arenas.

Porque crecen recónditas cadenas
del río al campo, al cielo indiferente,
del pez al pan, al olivar ardiente,
de los muertos al aire, a las colmenas.

Crecen los derramados eslabones.
Crece un trono disperso, un mar idiota.
Su espuma cruel devora las gargantas

abriendo secretísimos halcones;
invade, sube, con la boca rota
y escupe sobre Dios las duras plantas.

VIII

Talado, dividido,
tropiezo con las hojas alegres, con la niebla,
con la llaga más blanca de los corales vivos,
con la resina amarga que el cedro manifiesta.

Caigo entre los ardores
que levantan al grillo sobre la vid nocturna,
entre los dulces tallos que miman tiernos soles,
donde mi sangre apenas gobernada se curva.

Mi antigua mano esclava,
transida por los tréboles y las guijas fugaces,
floja, entre lentos picos de nieve entrecortada,
sin raíz en mi llanto, huye, renuncia al aire.

¿Qué torbellino eriza
mis palabras disueltas en quebrados estambres?
¿Qué rizo de la espuma blande por las orillas,
entre saladas muertes, mis viejos ademanes?

Árboles tensos giran,
se remontan heridos en su más pura alondra,
y hacen el remolino donde sangra y respira
la boca sin zorzales que traduce mi sombra.

Tiendo los brazos huecos,
la cara hueca enfrento a los perros tranquilos,
cruzo por las palomas iguales al desierto,
llamo por todas partes y soy desconocido.

Duelen los pechos claros
por donde trepa el musgo y amanece la oruga.

Me pesan como un cielo prendido a mi costado
y alimentan sin tregua la nube que me anula.

Me escucho en los gemidos
que vienen de los mares donde los peces lloran,
en el temblor que encoge los miembros amarillos
y atrasa la sonrisa del maíz y la ola.

No puedo recobrarme,
tomar mis pies hundidos, mi lengua deshojada,
y entrar en aquel tiempo cerrado de mi sangre
para escuchar el libre rumor de mi garganta.

1941-42

PASTORAL

México, Cuadernos Americanos, 1948

TIEMPO I

I

La salvia en torno de mis sienes gira
y un pálido panal sin nacimiento
en el rizado trebolar suspira.

Yo inauguro en la brisa un movimiento
blanco y tranquilo, de animal frescura
y una ala informe en el delgado aliento.

Colmo mi dulce espacio de raíces
que encabritan mi voz de sal oscura.
Mi pequeño lugar de flor futura
avanza entre un rumor de cicatrices.

En un tiempo de mar recién nacido,
lleno de flautas ciegas amanezco
a palomar frontera sometido.

Y por la muda sangre que obedezco
en semillas de arcángel dividido.

III

Entre los pozos de mi sombra trisco
de ala en vilano hacia el rumor que afina
la rosa cardinal en su alto risco.

Labrando un tornasol de golondrina
desenvuelve mi lengua cazadora
su fragante alfabeto en la neblina.

Se arriesga en flor mi pálida garganta
y del maduro nardo se enamora.
Tiembla en jazmín, en girasol se dora
y el pudoroso idioma se levanta.

Vienen a mí las razas inocentes
del pequeño jardín y el cielo enano.
Me tocan sus arterias transparentes.

Y corro con un pueblo de la mano
hacia mi rosa, por cantados puentes.

V

La luz redonda que el cerezo fragua.
La fuga de las víboras sin dueño.
El entornado párpado del agua.

La nube anclada en su primor isleño.
El recental que endulza la colina
y el huevecillo que me comba el sueño.

La azorada vigencia de la nieve.
La brusca llaga que el clavel me inclina
y el humilde cristal de la resina
que enclaustra cedros en mi mano breve.

Todo me espera desde el hueso hundido
donde crece el racimo de mi llanto
y acendra la ceniza su latido.

Todo en la sangre se me vuelve canto,
fiesta sin miedo y árbol sorprendido.

X

Encerrado en el círculo pequeño,
cerca de toda sed y toda fuente,
miden mis pasos el solar del sueño.

Ni un oído de flor se curva ausente
cuando colmo los vientos sembradores
volado por mi flauta transparente.

Aquí me asiste un intachable día
con alientos y lágrimas menores,
y oculto entre sus tiernos pobladores
la tierra me eslabona en su agonía.

Alimentando el fuego riguroso,
un no ajado tumulto me rodea
ceñido a mi presente poderoso.

Y no envejece el mar que me corea
ni se adelanta el trigo a mi reposo.

XI

No miente el pez cuando se cambia en nube
o salta de la estrella repentina
o por los tallos de la niebla sube.

No miente cuando el pecho me ilumina
con dura escama y en rizado frío
sobre embotadas islas me reclina.

No miente si en mis aires clausurados
roble y llantén anuda con su río
y al brusco toro y al halcón sombrío
disfraza con relámpagos salados.

Ni si usurpa mi rostro y mi destreza
para gozar enjambres y semillas,
mientras el resplandor de mi cabeza

pálidas ondas mueve en las orillas
y surte alegre en la fluvial maleza.

XIV

Sobre la hierba azul, dorado y fuerte
cruzo una noche espesa de latidos
entre los perros que oyen a la muerte

y curvos, en su niebla sumergidos,
el polvo que en mis huesos goza y arde
tientan, jadeando, por mis pies mullidos.

En mi nocturno voy, sin pensamiento,
esclavo audaz y dueño sin alarde.
El miedo crispa mi ademán cobarde
y suena en Dios mi pálido lamento.

Custodiando el temblor de alas secretas
que en la maraña de mi sangre luchan
al armonioso padecer sujetas,

los dulces perros que a la muerte escuchan
lamen tranquilos mis rodillas quietas.

XV

Borrado fue el cabrito en la colina,
pero a través del llanto ardió en el cielo
un aleluya audaz de golondrina.

Borrado fue su indescifrable vuelo,
pero un delfín abriendo el mar de armiño
en jubilosa luz curvó mi duelo.

Borrado fue en la onda el pez agudo.
Volvió la espuma a su lujoso aliño
y sobre el agua dura el viento niño
con un vilano socorrió al desnudo.

Quebróse el giro vegetal del juego
y el ajado rumor de mi alegría
en súbito cantar alzó su fuego.

Miré en mi sangre, vi cuanto quería:
ave, cabrito, pez, vilano ciego.

TIEMPO II

VI

Crece la tierna caña entre mis dedos.
Un becerrillo crece con el día.
Crece el laurel que descuidado nombro
y el almendral que mi garganta cría.
Sube un vellón hasta tocarme el hombro
y el nervudo zarzal el cielo estría.
Debajo de mis pies hierve la grama
y templa el trébol su sabrosa llama.

Crezco hacia el mar que gime en las restingas,
hacia el cetáceo y el coral bullente.
Negras escamas suben de la hondura,
su soledad limitan en mi frente.
Ramos de oídos en la sombra dura
rozan mi boca de flautista ardiente,
y por mis palmas de color deshecho
un dulce monstruo deja huir su pecho.

Los brazos se me pueblan de ciudades:
muros cerrados, lámparas cerradas.
Quiero golpear en los laúdes muertos,
soplar en las siringas enlutadas;
entreabrir los minúsculos desiertos
donde mis venas quieren ser volcadas,
y en el ácido fuego de las grietas
beber las dulces lágrimas secretas.

Crezco de amor, de canto, de semilla.
Invado el cielo en desbocada nube.
Yo hacia la mar, hacia mi voz la tierra,
todo en creciente sin amarras sube.
Salgo sin fin y un caracol me encierra
¿de quién tan triste libertad obtuve?
Arrodillado entre una flor y un vuelo
sin mañana ni ayer, desnudo velo.

VII

Dormido está el rabel bajo la acacia.
Ahogada en flores de oro arde la siesta.
Un diálogo de arroyos y bambúes
cruza temblando la bruñida cuesta.
Bulle de azules, palomares úes
el picante rumor que alza su cresta
rubia de polen, en la sombra aguda
donde mi oído alerta se desnuda.

Caminos de amaranto y lechiguana
trenzan el aire verde en el aprisco.
Turbado olear de niebla mugidora
muerde en la luz el más secreto risco.
Y toda bestia que en la tierra mora
deja un instante su rincón arisco
y desde el fondo de su sangre mira
la miel extraña que en mi piel se estira.

Bajo la acacia está el rabel dormido.
Muda en su llaga alegre mi garganta.
La cerrazón del canto, paladeo,
que sobre los tomillos me levanta.
Pulso hacia adentro, en pálido jadeo
la cuerda que en mis dedos se quebranta,
y solo por la nube en que padezco
habitado del mundo prevalezco.

Duerme el rabel debajo de la acacia.
No sé decir sino alas y vilanos.
Alientos como ramas encendidas
se devoran el agua de mis manos,
y un júbilo de lágrimas perdidas

rueda en lentos embriones de veranos
que hinchen, sin prisa, mis silencios crueles
ante el sesgado ojear de los lebreles.

IX

Mirando estoy como le crece el bozo
al agrio, balbuciente duraznero.
Pulsando estoy con ojo sin caída
la prieta llama que en el lirio espero.
Antes del aguijón siento la herida
antes del aire, sorbo el aire entero.
Delante de mis pasos me apresuro,
derribo nubes y me vuelvo oscuro.

Sí, tan oscuro yo, de pecho limpio.
Yo entre mi flauta y mis ovejas de oro,
mirándome en los ríos de la tarde
lleno de pozos y alas me demoro.
Quiero escuchar mi voz que pasa y arde,
turbia de flechas, por el simple coro
donde bala el cabrito, el buey pasea
y sobre el hinojal el tordo alea.

Del sueño al valle, de la brisa al trino,
qué voluptuoso azar, qué desgobierno.
Con el lechal entre los brazos busco
arrecido los lindes del invierno.
Sobre escarchas y lívido pedrusco
dejo llorando el vellocino tierno
y huyo mientras se cuaja el cielo vano
y un tormentoso perro lame el llano.

Sufro montañas, desarraigo peces,
arisco, lastimado por los ecos
de mis pies, de mis ojos, de mis manos,
que huellan, ven y palpan rostros secos.
Circulo entre gaviotas y manzanos

pastor de quejas y ululantes huecos.
Por la resquebrajada faz del mundo
intrincado y sin norte me difundo.

II

En la bullente luz de la majada
quejas de caracolas y zorzales.
Caramillos de miel. Flauta salada.

Rozan mi pecho júbilos boreales.
Rumor de selva aguda y ventisqueros
entre el caliente andar de los erales.

Cruje una orquídea en la boscosa llama.
Silban los arenales prisioneros.
Y sobre el leve olear de los corderos
un pálido bramido se derrama.

A la intemperie sin orilla ofrezco
puro el oído en mi llagada vela.
Brisas indago, ráfagas padezco

y hundido en la profunda pastorela
muriendo a briznas, en el ángel crezco.

IV

Escaso tiempo y duro andar me afligen
y la sazón que alerta mis entrañas
con brida impura y corta luz corrigen.

El canto crece en ráfagas hurañas
y alza crestas de sangre poderosa,
húmedo fuego en híbridas marañas.

Choca en los pobres ojos irisados
de antiguo mar, de antigua mariposa,
contra la pobre lengua sigilosa
que el aire avienta por lujosos prados.

Pueblos del agua, tribus de la brisa,
suaves criaturas, ved al jubiloso
que en Dios apacentaba su sonrisa

buscarse en vuestras sombras, sin reposo,
mientras la herrumbre de sus horas pisa.

VI

No huyas palomica entre los setos.
Soy yo, el oscuro tañedor de cañas,
el mínimo pastor de pies inquietos.

Tú asientes con praderas y montañas
a esta crecida del tesoro infuso
que ardiendo en flor gobierna mis entrañas.

La centella leal en que te asomas
blancos temblores en mi canto puso:
aún gira entre los mirtos inconcluso
oliendo a vaga sangre de palomas.

Yo rabadán de silbos y de brumas
partí contigo el viejo paraíso
al pulcro resplandor de tus espumas.

Tú sola quedas donde Dios te quiso.
Yo mendigo en el cerco de tus plumas.

X

En largo amor y estrecha servidumbre,
apacentar el canto de la tierra
nutrir su hosca semilla es mi costumbre.

Entre alondras y búhos fue la guerra.
Entre alba virgen y sabrosa tarde
el más agudo día su oro encierra.

De las metamorfosis del rocío
salió esta lengua que entre lirios arde
y repliega su júbilo cobarde
hasta perderse en soledoso pío.

Porque pesa el rumor de la mañana
ciega de mirlos con cerradas mieles.
Pesa la deserción de la manzana

y un gran miedo sombreado de laureles
en esta voz que casi llanto, mana.

XI

Agrio está el pan en el zurrón angosto.
La flor candeal en negra espuma hundida
y en la cuerna de miel, dañado el mosto.

Mayo abejea en la zampoña herida
y en el sauzal un pálido zureo
usurpa mi garganta enmudecida.

Ceñido en lumbre por la ahincada fiesta,
doblado en brisa y llanto me paseo.
Por zarzas y tomillos huroneo
con castigado muslo y sangre enhiesta.

El cándido manjar con hambre alejo
y niego al vino la transida boca.
Mayorazgo de amor, gozo y me quejo.

La vida entre mis manos desemboca
y de aciago poder, morir me dejo.

XV

Tu aire esculpe el otoño en mi garganta.
La lumbre de las uvas montaraces
mis arriscadas vértebras levanta.

Dividido entre lágrimas rapaces
cruzo tus laberintos transparentes
empañados de perros y torcaces.

Palpo en tu rostro mis cenizas, claras,
mis pies vislumbro en tus cerradas fuentes.
Todo me nombra en cláusulas ardientes
y tú de toda puerta me separas.

En ti soy, de ti vengo, a ti me inclino.
Columnas son mis huesos de tu hoguera.
Sílaba de tu canto es mi camino.

Pero mi triste boca es extranjera
oh, duro reino, en tu solar divino.

ARTIGAS

Montevideo, Impresora Uruguaya, 1952

PRIMERA PARTE

I. LA TIERRA

Jardín del este, lujo de la aurora,
anclado en flor sobre la miel marina.
Valles donde la abeja se demora
gastando su jornada cristalina
y en brasa de panal su pecho dora.
Adolescente alcor, núbil colina
en fuga, en juego y en labor secreta
sobre la antigua arruga del planeta.

Sobre su corazón que al día asoma
la piel mordida por el liquen frío
entre el curvo silencio de una loma
y la porfiada juventud de un río,
para gozar un roce de paloma
o el rizado relámpago de un pío,
cuando setiembre una velluda gema
enciende y pule en cada frágil yema.

Oh tierra del aprisco y de las eras
que en corderos balbuce, en trigos canta,
y sobre el fijo ondear de sus praderas
con voz oscura, de fluvial garganta,
en himno de premiosas primaveras
al oro del estambre se levanta.
Oh suave, oh clara, oh fina criatura
que en salado diamante se clausura.

Viene el pampero de ala turbulenta
por un austral camino de gaviotas.
Tu oro borra con pluma cenicienta,
cuaja en tu azul sus lágrimas remotas,
y en el abrazo de salud violenta,
pájaros, nubes y corolas rotas,
por un instante del amor quemados
en ancha muerte giran derramados.

Del norte soplan los alientos finos,
los húmedos vocablos forestales.
Arengas y clamores sibilinos
de las profundas savias tropicales.
Y el viento que en sus ámbitos hialinos
solivianta a las turbas germinales,
oye subir a la mazorca rubia
en el futuro canto de la lluvia.

Oh rumorosa tierra de las fuentes.
Agua orquestal tu oscura voz corea.
Entre las gramas de hálitos ardientes
un cristal sin fatigas escarcea:
curva los ademanes eminentes
del espinoso tala y se recrea
en turbadora sangre y miel bravía
cuando en la flor del ceibo inicia el día.

Oh tierra, tierra de la joven gracia.
Niebla pradial ahonda tu cintura.
Borra tu amor la yerma contumacia
en edénico gesto de frescura.
Combando el aire, tu florida audacia
angélicas sonrisas inaugura
y el maternal respiro que te mece
larga generación al cielo ofrece.

III. LA MUERTE

Sol amargo, agua amarga, amargo viento
y amarga sangre para siempre amarga.
Vencido y solo en carne y pensamiento,
y el sueño antiguo por tesoro y carga.
Quiso callado y solo y sin lamento
sorbo a sorbo agotar su fuente larga.
Miserable señor de su destino,
de espaldas a la aurora abrió el camino.

De espaldas a su Oriente y a su gloria,
y hueso adentro una centella vaga,
mordió el seco laurel de su victoria
y nunca fue curado de su llaga.
Terco aguijón de luto su memoria,
en toda miel ejercitó su plaga.
Y entre las brumas del silencio agrario
fue una lenta sonrisa su calvario.

Pero entre sus espigas y sus flores,
cuando la muerte le entreabrió las puertas
el guerrero de blancos resplandores
dianas oyó por las borradas huertas.
¡Mi caballo!, gritó: y en los alcores
resonaron angélicos alertas.
¡Mi caballo! Montó el corcel sombrío,
y tendió su galope sobre el frío.

CAUDA

TRIUNFO DE SANTA MARÍA

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
Los clarines del alba
ardiendo están.

Llama a tus pálidos peces de azúcar
Santa María, guerrera del aire.
Santa María, amazona del agua,
luce tus finas palomas torcaces.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
Ya crece la mañana
del guayacán.

Tus golondrinas agusa en el viento.
Los cardenales afina en tu llama.
Brumen la rútila fiesta de sangre
ñacurutúes en diurna velada.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
Un sol de camoatíes
Bruñe el zarzal.

Lustra las garras y pule los picos,
Santa María, amazona del agua.

Los tacuarales educan la brisa.
Dora en su música virgen tu flauta.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
La tarde en sus achiras
rompe a cantar.

Santa María, guerrera del agua.
Santa María, amazona del aire.
En el ahué de cegados espejos
tímido rostro la noche entreabre.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
¡Ave, Santa María
del arrayán!

VIDALITA DE TACUAREMBO

Paloma de niebla,
vidalitay,
por los hondos valles.
Alas de agonía,
vidalitay,
piquito de sangre.

Paloma de niebla,
vidalitay,
palomita fría,
¿qué cielos enluta tu vuelo salobre,
tu flecha indecisa?

Paloma de niebla,
vidalitay,
suspiro del alba;
añubla los tersos caminos del aire
tu aliento de escarcha.

Paloma de niebla,
vidalitay,
suspiro del alba;
Alas de agonía,
vidalitay,
piquito de sangre.

Ni espuma del iris,
vidalitay,
tu hostigado pecho.

Ni en tu crespo arrullo la miel de las peñas
¡oh amor sin lamento!

Ni tu sombra que urden,
vidalitay,
edénicas brasas,
¡oh amor de las fuentes!, ni tus pies de rosa
feliz bajo el agua.

¿Qué noticia traen
de las altas sierras,
tu garganta muda,
tu cifra de niebla?

Por el limpio cielo
tu crespón de escarcha.
Tu flecha salobre.
Tu arruga en el alba.

¿Duermen los guerreros
armados de olvido,
por los trebolares
que nubla el rocío?

¡Sí! Punza en los aires
tu ausente pregón.
Lloran las gramillas
de Tacuarembó.

Paloma de niebla,
vidalitay,
por los dulces valles.
Alas de agonía,
vidalitay,
piquito de sangre.

LAS ESTACIONES
Y OTROS POEMAS

México, Fondo de Cultura, 1957

HOY

Yo no sé cuándo nací
ni cuándo me moriré;
no he sabido ni sabré
del límite allá o aquí.
Rodeándome siempre, vi
la abierta noche, azorada
sólo a explicarme se atreve
como un paréntesis breve
entre la nada y la nada.

PLEGARIA

Si TÚ estás allí, en lo oscuro,
señor sin rostro y sin pausa;
si tú eres toda la causa
y yo tu espejo inseguro.
Si soy tu sueño, y apuro
sombras de tu sueño andando,
pronuncia un decreto blando:
líbrame de no pensar,
y echa mi polvo a vagar
eternamente pensando.

1956

LAS VOCES

Con un manso rumor de lentas aguas
que por los tallos de la noche ruedan,
abre sonrisas de apagados lirios
la coral ciega.

Flores frías del pánico desvelo
oigo caer en cristalina muerte,
y cruzar entre ráfagas, heridas,
lenguas de nieve.

Oigo el borrado son de las raíces,
el ceniciento chorro de su audacia
tiniebla adentro despeñar perdido
la voz ajada.

Ay bosque, bosque de gargantas, bosque
de lapidaria niebla liberado:
a tu pavor instrumental someto
mi oído blanco.

1953

¿ ?

Dejóme Dios ver su cara
cuando entre paloma y flor
sobre aquel cielo mayor
brotó una blanca almenara;
¿dejóme Dios ver su cara?

Me miraba Dios acaso
cuando en la noche sin mella
dejaron lirio y centella
testimonio de mi paso;
¿me miraba Dios acaso?

El rostro de Dios veía
cuando en el desdén profundo,
tenaz ausente del mundo,
por mi propia sangre huía;
¿el rostro de Dios veía?

Me contempla Dios, me ve
ir de la ceniza al fuego
en un iracundo juego
la muerte quitandomé;
¿me contempla Dios, me ve?

¿O yo me estoy descubriendo
los ojos con que algún día
veré lo que no sabía
que en sueños estaba haciendo?

1954

EL RUMOR

Si golpeo... qué rumor,
qué fiesta de agua remota,
qué música de ala rota
templa en mi sangre su ardor;
qué venturoso temblor
por mi boca se adelanta,
que duda, y canta y no canta,
se enciende, se nubla, espera.
Si golpeo... quién me diera
tan venturosa garganta.

1954

LA BATALLA

Buenos Aires, Losada, 1967

ATALAYA (LA BATALLA)

Sobre este muro frío me han dejado
con la sombra ceñida a la garganta
donde oprime sus brotes de tormenta
un canto vivo hasta quebrarse en ascuas.
Yo aquí mientras el sueño los despoja
y en sueños comen su mentida baya
para erguirse en las venas de la aurora
pábulo gris de su sonrisa vana;
yo aquí mientras los sabios inocentes
y los tranquilos de crujiente casa
durmiendo abajo, y aprendiendo el frío
de sus angostos mármoles descansan;
yo aquí volteado por el viento negro
que el olor de la noche desampara,
los cabellos fundidos en raíces
que van abriendo turbulentas lamas;
yo solo entre planetas condenados
que en busca de sus huesos se desmandan
—la edad del mundo en esta pobre sangre
que entre las quiebras de su historia clama—
yo aquí turbado por la paz bravía
que con sagaces témpanos me aplaca,
sintiendo entre las médulas ausentes
el duro frenesí de las espadas;
yo aquí velando, los desiertos ojos
quemado por el soplo de la nada,
las negras naves y los negros campos
vacíos de sus oros y sus lacras.
Yo aquí temblando en la vigilia ciega
rodeado por un sueño de cien alas,

vestido por mi llanto me arrodillo
mientras vuela mi sangre en nieve airada.

Sobre este muro frío me recobran.
Oigo el rumor de los medidos pasos.
Canta la noche en fuga por mi muerte,
y el alba sale de mi rostro blanco.

COMBATE IMPOSIBLE

Con astuta cabeza de zafiro,
bloque de piedra fría y transparente,
inmóvil, la mandíbula sellada,
linda con la tiniebla el monstruo leve.

Mientras el polvo en que se duele el mundo
curva su flor, su lágrima troquela,
y entre los tersos cánticos del día
sordas espadas con su vuelo templa.

Ah, nunca, nunca, la terrible escama
su fuego amargo torcerá en la lucha,
ni se abrirá para tragar mi cuerpo
la boca acrisolada por la espuma.

Aquí jadeo hasta acabar la sangre
clavada en la canción mi lanza triste,
hasta que el fruto de su viejo vientre
lance al estrago la materna esfinge.

Que me quiten esta armadura
lejana flor, pobre corteza,
polvo del fuego sojuzgado,
lama que el infierno alimenta,
que me quiten esta armadura
fina piltrafa de la guerra.

Que me arranquen esta coraza
donde un borrado bosque suena,
y con garganta sibilina
a mi triste furor se pega.
Auxilio dioses, si pega.
Auxilio, dioses, si podéis,
reconocedme en esta niebla.

Tanto tiempo duró el combate,
tanta fatiga me flagela
con un turbión de ajados rayos
que ya no quiero el alba nueva.
Quitadme al punto piel y sangre,
romped los huesos que me encierran,
que mi desnudo brille frío,
y se acrecienten las arenas.

TRÁNSITOS

I (BLANCO)

Por el camino frío
se quiebran las palomas,
nieve desorbitada
sobre las hierbas llora
y arrullos muertos crispan
el rumor de las hojas.
¡Qué lento mi caballo
por la pradera sorda!
Los cascos oprimidos
por una densa rosa
su andar de piedra y nube
sobre la intacta aurora.
Mientras sube el caballo
por la colina sola,
el silencio deslumbra,
los árboles se emboscan.
El hielo cuaja flechas
de mis pies a mi boca,
mi lengua está vestida
con abejas de loza
y el cielo me estrangula
con cerrada corola.
Ciego blancor de ausencia
los ojos me devora
y apaga los jardines
de mi sangre remota.
Dos alientos resbalan

de las azules bocas
y en los aires se duermen
dos plumillas sin sombra.
Caballo y caballero
sin lágrimas reposan.

II. PRISIONEROS

El enemigo anda ausente
sobre un palafrén de fuego.
Oigo el galope amarillo
detrás de mi duro sueño.
El enemigo me ignora
y yo soy su prisionero.

Ni muros me arman frontera
ni torres me dan tormento,
pero con un son sin pausa
castiga mi pobre sueño
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

No hay guardias en los jardines
ni lazos en el sendero,
mas borra los horizontes
de la vigilia y del sueño
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

Mis recónditos adioses
como relámpagos secos,
tiniebla en la sangre estancan
mientras rompe a ras del sueño
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

Y hace del manjar ardiente
con que me afrentan los cielos,
tesoro vuelto de espaldas,
sonora llaga del sueño,

el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

No hay lazo, guardia ni torre
ni muros a mi deseo,
pero estruja en rauda muerte
la invicta flor de mi sueño
el amarillo galope
de su palafrén de fuego.

Mientras el llanto en mi sombra
fija su bosque de hielo,
ausente, al tenso galope
de su palafrén de fuego,
el enemigo me ignora
y yo soy su prisionero.

RONDA

En los confines de la noche
un árbol brilla, sangre y oro;
muerde sus ramos la distancia,
bruñe el relámpago su tronco.

Negro camino, negra nieve
entre mi pecho y el tesoro.
Los duros labios de la esfinge.
su aliento audaz sobre mi rostro.

Soldado triste, hambrienta boca.
La noche punza llena de ojos,
y en la enemiga huerta pende
llameando el fruto silencioso.

La mano tiendo, el pie deslizo,
voy a cruzar el campo sordo:
voy a gritar hasta la muerte;
que alce la espada su meteoro.

A ras del fúnebre horizonte
quiebra mi voz su vuelo ronco,
y una manzana de ceniza
rompe en mi lengua su agrio copo.

APOCALIPSIS
XX

Caracas, Monte Ávila, 1970

II

El aire entristecido de una lejana muerte de palomas
soplaba un lento pífano de nieve.
Yo era un árbol de antenas
entre torres cerradas,
y los pálidos trenos de la noche
apagaban espumas en mi oído.
Yo estaba solo entre las torres frías
y la hoguera del mundo me zumbaba en los huesos.
Era una honda cisterna,
un sumergido estuario,
y el mundo se arrojaba en mis entrañas
por un millón de solapados ríos.

Apareció de pronto, como fuente
que esculpe en el silencio sus helados lingotes,
palmera de las lágrimas,
huso gris de la lluvia,
espejo inapelable que doblaba mi rostro,
mis cabellos, mis manos,
y mi respiro de animal celeste
casi a medio morir, precipitado
en un pozo de sangre.

Levántate, me dijo, no te resistas, oye:
la llaga viva cantará en tu lengua,
aguijones de sal en tu garganta
duplicarán el musgo del infierno,

y has de parir palabras de martirio
y has de quebrar las lámparas sombrías
que entre tus pies de arena alza la muerte.

Me levanté y atravesé temblando
una verde espesura de centellas;
y oculta en el nocturno de mi sangre
una sonrisa de linajes crueles
me desgarró como pausada rosa
que hace estallar un témpano al abrirse.

Tendí mis manos para asir las manos
del ya indeciso, mudo compañero.
Y entonces vino a mí como un fantasma
que retorna a su cuerpo abandonado:
vi mi aliento en su boca sumergirse,
entró en mí como espectro y fui su carne,
y ya fui solo, para siempre solo.

Miré y estaba solo: la fragancia
de los lirios del campo en mis cabellos,
el corazón, pequeña flor del rayo,
luciérnaga del tierno paraíso,
a través de mi piel resplandecía.
Estaba solo, sin mi amargo espejo,
borrado en mí como en la luz la llama,
sin el ordenador de verbo oscuro
que me cortó los cíngulos del polvo.

La muerte huía entre alamedas grises
con sus negras farolas
y el huracán plegado
como una mariposa entre los dedos.

XV

Electra, entre alaridos, come un gajo del iris
sentada en la espiral del torbellino:
mastica las espinas del índigo irritado,
la flor del amarillo mancha su boca airada,
las bayas encendidas del azul saborea,
la piel del rosa engulle, sorbe el licor del verde.
Se eriza su violenta
lívida cabellera de medusa,
zarzal de la ponzoña
coronado de lenguas bifurcadas;
sus ácidos relámpagos
de vidrio encrespa alrededor del rostro,
lo cubre, lo enmaraña el remolino
que en los gemados huesos hurонea.
Pero los ojos, ¡ay!, los duros ojos
cortados en la almendra de la ira,
rayos de hirsuta fuente,
traspasan la convulsa enredadera
y cuajan la inocente, abierta sangre
en blancos monolitos del olvido,
en escrituras de la nieve, en vuelos
de paloma en su luz cristalizada,
en árboles de leche, en pan de mármol,
en témpanos de trigo sin orillas,
en lámparas de sal, riscos de abejas
caídas en los páramos del alba.
Vestida de luciérnagas feroces
Electra salta de su torre en olas,
rompe el meollo gris de la tormenta
y esparce el río de la quemadura
en el ríspido anillo de su danza
que estrangula los tuétanos del cielo.

La llama esponja su heredad crujiente
donde una primavera desbocada
se ahoga en el furor de la vendimia
que los luctuosos átomos devoran.
La muerte se acurruca
en su espectro de fuego solapado
bajo el temblor de la desierta aurora,
y nunca, nunca, nunca más las flores.

XVIII

Las madres allí están, desde allí miran
las polvorientas, las hundidas madres,
secas fuentes del hijo, los vientres desfondados,
los arrugados muslos como perlas marchitas,
largos lirios quemados por las lágrimas
en un aire que gime como los moribundos,
aire que huele a la perdida sangre
en que los hijos nadan
antes de entrar en el combate de oro,
cuando estrenen su casa de temblores
vistiendo el tenebroso
ropaje del perfecto paraíso.
Sollozan con un torpe sollozo de ceniza
mirando siempre hacia un remoto cielo de agrias lluvias,
hacia las sementeras del otoño
donde los ojos de los hijos caen.
Allí crujen y oran y se aprietan
como gavilla de ángeles sin sueño
de sol a sol del tiempo sumergido
donde giran los hijos arrancados,
sombras de sal, recónditos caolines;
los que se hundieron bajo las violetas funerales del humo,
los que tragaron el desierto en llagas,
perdidos en los dédalos del átomo
y en sulfúreas galaxias divididos;
los que yacen detrás de la sonrisa
guardada para el día del retorno.
Ellos duermen mecidos y anudados
por la ráfaga de ojos vigilantes,
los siemprevivos que en la sombra bullen,
las maternas semillas del castigo,
huevos atroces de la primavera

final, cuevas del rayo.
Allí están sin dormirse,
sin derrumbarse nunca, en el aliado
corazón de la noche, y allí esperan.
A sus pies, con herido centelleo
pasa bramando el río de la leche,
aúlla la encelada torrentera,
y corre, corre, corre,
ahíta de cabezas de verdugos,
por la tiniebla sorda
buscando entre gargantas escarpadas los deltas del infierno.

XX

En su trono de estiércol
un rey está sentado:
el agrio bordoneo de las moscas
le ciñe la cabeza en negro rayo.

Sobre el trono de estiércol
crece una hirsuta sombra de payaso,
y un torrente feroz de cascabeles
aplasta los jardines y los campos.

Verde veneno salta
de los hinchados labios
y un aliento de pólvora sumerge
las olorosas crestas del verano.

Pigmeos diligentes
tañen melosas cítaras de estaño.
La sucia historia encuentra
su sonoro sepulcro cortesano.

Lejos, en las llanuras
sube un trigo de sangre, encadenado,
y el cielo mira la curvada espalda
sobre el pozo del llanto.

Lejos, en las ciudades,
sonríen muertos ante el pan llagado.
Los muertos comen, aman;
el pudridero alza un hedor lozano.

II

Todos vienen, todos llegan
con las máscaras calzadas.
Sobre el trono está sentado
un ángel con un espejo como una hoguera de agua.

El grave recinto llenan
los gemidos y los lloros
mientras reposan las alas
sin que una pluma intranquila quiebre sus curvas de oro.

Todos quieren arrancarse
—y rompen uñas y huesos—
las máscaras que comienzan
a echar en las carnes vivas, largas raíces de acero.

Mi rostro, mi rostro, gritan:
y en el implacable espejo
se ven, de sangre vestidos,
sólo su sangre desnuda, y enmascarados eternos.

Rostro y máscara soldados
fundidos a fuego y sangre,
a la orilla de las horas
ante el espejo profundo y en sus máscaras penales.

CANTO PÓSTUMO

Buenos Aires, Losada, 1973 (prólogo de Roberto Ibáñez)

DIARIO DE LA MUERTE

HOY

Hoy que todo está vivo
como un sol que madruga
y el viento es mar de cantos
y el mar no tiene arrugas;
fresco rumor de abejas
el verano rezuma,
y una sangre con alas
por la alta luz circula.
Hoy que todo comienza
para no acabar nunca,
y un latido compacto
cielos y tierra junta;
entre tantos espejos
como Dios me asegura,
sólo una imagen negra,
sólo una imagen muda,
con ojos en que toda
la muerte se vislumbra;
sólo mis ojos andan
lejanos, en la bruma,
cargados con su muerte
como bayas maduras.

ASPIRACIÓN

Si pudiera hallar el modo
de ser un profundo río
ciego, ignorado, cubierto
por la raíz de los tilos.

Si pudiera ser tan sólo
el manantial de sus llamas,
fuego de amarillas flores
hacia otros cielos volcadas.

Si pudiera no saber
y no desear más noticia
del futuro que ésta sola:
ser una fuente sumisa,

ser un río prisionero,
ser una vena del río,
ser una onda, una gota,
ser su reflejo, el suspiro

del iris que la rodea,
de la intención que la fragua:
si pudiera hallar el modo
de ser nada.

EL MUNDO EN TORNO

Tanta tiniebla, tanta.
De repente el sol muerto,
y sus crueles escorias
cuajando entre mis pies jardines negros.

Tanta sombra rampante,
dislocada, caída,
pájaros ciegos, musgos, larvas, hojas,
llevándose en el aire mis mejillas.

Compacto mundo, espeso
corazón de la llaga.
¡Oh muerte voladora, todo huele
como un bosque podrido en mis palabras!

Un día más, un rayo
que se bebe otra gota de mi sangre.
Un pío más en la ventana, un vuelo
que entre mis ojos y la muerte cabe.

Un soplo más que entre las hojas grises
me empuja con secreto distraído.
Un día más, sin hambre,
sin sed, sin cielo, sin furor, vacío.

(V) PUERTA DE LA TINIEBLA

En el borrado tiempo y roto espacio
(sueño del humo mis rodillas quietas),
lamía una emplumada lengua de ónix
la herrumbre torrencial de mi ceguera.

La noche estaba allí, bosque en el bosque,
roca en la roca, agua en el agua negra.
Y yo, mata de cal, árbol de olas,
el esqueleto azul de la tiniebla.

Sin ojos y sin voz y sin senderos,
sofocado por cíngulos de brea,
me respiraba un poro de la sombra
desde remotos sitios de tormenta.

A través de mis átomos en duelo
la noche huracanaba sus fronteras,
y me cuajó en un cero tenebroso
frente al astuto atisbo de una puerta.

El verde se llevaba mi cabeza
por el viejo color de la manzana
de ocho años, herida por mi boca,
y entre sus dientes ácidos cuajada.

El azul dividía mi cintura
con un curvo cristal de espuma en daga,
y el índigo quemaba mis costillas
con el filo polar de una galaxia.

Vi el amaranto corazón del vino
brillar bajo su piel como una brasa,
cuando el endriago rojo se bebía
mi sangre, antiguo mar de voz quebrada.

Y bajo el iris de nocturna puerta,
a la amarilla lumbre de su sombra,
el monstruo de oro derramó mis miembros
sobre el umbral como cansadas hojas.

Árboles muertos, rocas muertas
y pensamientos destruidos,
cosas a medio andar su ruta
entre podredumbre y olvido;
a veces un hálito tierno,
una ráfaga de tomillo;
a veces labios sin tiniebla,
que orillan rumores divinos;
a veces un rayo que cruza
los huesos de Dios y los míos;
instantes que rompen en nieve
promesas de flor y alarido;
y muertos y muertos y muertos
danzando en el polvo con brío,
ciñendo con alas marchitas
mi ronco y dorado martirio;
y muertos que miran temblando
con ojos de miel y de frío,
construyen extrañas florestas
y labran praderas de armiño.
No se fueron, jamás se fueron:
yo prolongo su estar hundido,
por un túnel de tersas llamas
viene su oído a mis oídos,
viaja en espina por mi carne
la desnudez de su latido;
a veces con manos de greda
toco los pífanos del vino,
del fondo del mar se levanta
su ceniza con mi respiro;
y rozo el dédalo del fruto
con un tacto desconocido.

No se fueron, jamás se fueron,
me emparedan con cuarzo y libro,
me sofocan con muselinas
y con cabellos amarillos;
rocas, árboles, pensamientos,
lágrimas, pétalos, vestidos;
la hora radiante, el tiempo absorto
que en su espiral intacta miro,
gira en mis antros como un cielo
en sus galaxias suspendido,
todo me vive en su ancha muerte
y en llaga lúcida lo vivo.

EL POZO

Los muros son de sombra y pulsaciones,
los muros son de sangre clausurada,
los muros son de viento y flor de nube,
los muros son de hojas y de alas,
los muros son de llanto sin memoria,
los muros son de fuentes virginadas,
los muros son de espino y piedra verde,
los muros son de lunas y campanas,
los muros son de oro en crisantemos,
los muros son de ardor y espigas blancas,
los muros son de ensimismados rostros,
los muros son de flecha y madrugada,
los muros son de manos divididas,
muros de santos y órganos y flautas.

Son de sonrisas, de guitarras tensas,
son de floridas márgenes de río,
son de peces en humo desaguados,
son de altares y patios y racimos,
son de higueras y monjes musicantes,
son de majadas, cántico y membrillo,
son del duelo solar de la retama,
son de caballos en la brisa hundidos,
son de pastores y ángeles de leche,
son vértigo de pámpanos y anillos,
son dientes de la miel y del espliego,
son brotes del insomnio y del delirio,
son estaciones de galope lento,
fugas son de un infierno matutino.

Muros erectos de cristal burlado,
muros de ácida roca en la nevada,

muros de tierra y sangre, sombra y lumbre,
muros con recias lluvias como brasas,
muros morados por el hielo antiguo,
muros crespos de hierba en la borrasca,
muros tenues, translúcidos, huidos,
muros de quebradura en la mirada,
muros de manantiales en espera,
muros de sal y arrulladora escarcha,
muros del aire en flor y olor de olvido,
muros rizados por adelfas blancas,
muros tibios de pechos giratorios
de santos y de órganos y flautas.

De sueño desgarrado a toda herida,
de evaporados higos entre adioses,
de jacinto enlutado en ronca fuga,
de arrayanes en negras apoteosis,
de pájaros dormidos en su canto,
de incienso gris de búfalos y alciones,
de sangre embanderada con jardines,
de cenicientos párpados insomnes,
de lagos y praderas sonreídos,
de ofídicas arenas y oraciones,
de aniquiladas máscaras de azúcar,
de corrompido memorial de voces,
de púrpura polar espeluznada,
y dardos y demonios entre flores.

(XI) TESTAMENTO

Lego esta fiebre conductora
de hojas azules, de alas negras,
este sapiente escalofrío
con que preludian las tormentas.

Lego esta fría aristocracia
de lloro agudo y escondido
esta altivez de lobo y raso
para las artes del suplicio.

Lego mi pánico celeste
para que Dios medre en la sombra
y el frágil vuelo de los hombres
en su sonrisa amarga esconda.

Lego esta pálida sonrisa
que siento arder sobre mi cara,
en raíz de sombra infinita,
en doble pétalo de escarcha.

Lego este bárbaro diamante
que en su centella me deshoja,
lego este tiempo de rocío
que alza mi lengua entre las rosas,
lego este sueño que mi sangre
sostuvo apenas unas horas.

1969

BALADA DEL PEREGRINO

Corté una rosa de oro
con el rumor de la aurora,
y quiero abrasar la noche
con el oro de esta rosa.

Mi sangre es larga me dije,
y el viento sopló en mi oído:
más largo que toda sangre
es el amor del camino.

De fuente en fuente mi boca
fue madurando su sed,
y oigo la fuente madura
donde no podré beber.

Corté una rosa de oro
con el rumor de la aurora,
y el rumor se me hizo canto
para merecer la rosa.

El sueño se me despeña
raíz abajo en la noche;
mi rosa pierde sus rayos
y mi fuente lejos corre.

Crucé las altas ciudades
donde pudre la sonrisa.

Los muertos jugaban dados
en las torres amarillas.

Por las calles y las plazas
canté con niños extraños,
y los vi crecer de pronto
con una espada en la mano.

Y vi obreros relucientes
en un infierno redondo,
labrando besos y llagas,
hasta quedarse sin ojos.

La noche se me echa encima
como una granada negra
llena de fuentes cerradas
donde la muerte me espeja.

Mi rosa de oro resiste
colgada de un rayo viejo,
y más allá de mi sangre
voltea el camino ciego.

Las selvas se replegaron
en un ojo de paloma,
y entró en una flor de oliva
el mar con todas sus olas.

Yo no quiero detenerme,
ni casa ni lecho pido:
sólo andar mientras mi sangre
se mide con el camino.

Ya sobre mi dura rosa
fulmina el nocturno aliento,

su oro vencido gotea
en mis sandalias de hielo.

Mi sangre es larga me dije,
y el viento sopló en mi oído:
más largo que toda sangre
es el amor del camino.

BALADA DE LA EXTRAÑA FUENTE

I

La reina estaba dormida.
El rey estaba despierto.
Entre la reina y el rey
abrió la fuente en secreto.

Llenaba el rey copa de oro
y a la reina la ofrecía.
Ella se inclinaba en sueños
al claro cristal sumisa.

Bebió el rey, bebió la reina,
él despierto, ella dormida.
Sobre amargos resplandores
el camino los unía.

II

El rey estaba despierto.
La reina estaba dormida.
Entre palomas y acacias
la fresca fuente bullía.

Llenó el rey su copa de oro
y a la reina la ofrecía.
La copa tocó sus labios
y le quebró la sonrisa.

Bebió el rey, bebió la reina,
él despierto, ella dormida;

su rostro una flor del aire
donde la sangre se oía.

III

Juntos cruzaron arenas,
campos, montes, aguas, villas,
bebiendo en la misma copa,
él despierto, ella dormida.

La flor olvidó su brillo.
Cayó la fruta sombría,
y el tiempo labró con nieve
las pulcras manos amigas.

Alza llorando la reina
su copa llena de frío.
La reina bebe despierta
pero el rey está dormido.

BALADA DEL CAZADOR

I

Blande el oso la negra zarpa
donde bulle un jirón de abejas,
y estruja al vuelo entre las hojas
un corazón de verde niebla.

En el temblor de su montaña
límpido reino se le entrega,
y al borde oscuro de su sangre
corre el incendio de la fiesta.

El cazador duerme entre flores,
párpado gris y mano aguda;
en sus oídos derramados
el caracol del alba zumba.

II

En la inicial de un salto de oro
desploma el tigre su delicia
y con la dulce garra abierta
oprime un rostro de ceniza.

En sus ojos la luz jadea,
y por sus venas amarillas
la selva corre liberada
en hondo espejo de alegría.

El cazador está dormido,
párpado gris y mano aguda;

un vago trueno de jaurías
en la pradera el aire arruga.

Dueña del iris la paloma
viste de espuma un frío sueño
y alumbra el gozo de las fuentes
su millonario nacimiento.

Bebe su miel tranquila el oso.
Abrasa el bosque un tigre quieto,
y en blanco trance la paloma
abre sin fin la luz del vuelo.

El cazador duerme en la hierba,
párpado gris y mano aguda;
y una paloma suspendida
sombra le da desde la altura.

PRIMERA

MODERATO

Dejad el ámbito de miel
donde gobierna claro el pan.
Quebrad el cíngulo de lumbre
y hundid la mano de cristal
en las afueras de la noche
donde duerme la tempestad,
para coger el fruto frío
que cuelga al borde sin edad
donde la lengua se derrumba
en negra nieve musical.
Cuando se os haga el hueso fiesta
de rosa antigua y tierno mar,
y vuestra dulce sangre brille
en los esmaltes del trigal.
Cuando la muerte ya madura
borre el veneno de esperar,
y el viaje oscuro esté cumplido,
tendréis un rostro sin cesar.
Y sabréis que adentro y afuera
arriba, abajo, aquí y allá,
por el reino de la agonía
todo está bien, todo está mal.

GRAVE

Entra en estas soledades,
en esta casa del frío,
en este cielo sin clave
donde vivo.

En este curvo silencio
de arroyo muerto en la nieve,
esta lágrima del viento
que me envuelve.

Dios se ha dormido a la sombra
de mis ojos, y me sueña:
seré el luto de su aurora
si despierta.

Entra si puedes sufrir
la redondez de la muerte,
los sellos de su jardín
transparente.

Si quieres verme la cara
con el antifaz de hielo,
entra en la esfera cerrada
donde muero.

GAVILLA

QUETZALCÓATL

A LAURETTE SÉJOURNÉ

I. NACIMIENTO

Entre el cielo y la tierra un hombre mira:
ve la serpiente, el pájaro, la estrella,
y ante el espejo que su rostro sella
lágrimas goza y sangre en luz transpira.

Grave reptil en su ademán estira,
velado en vuelo por su forma bella,
y un pájaro abrevado en la centella
bajo su denso corazón respira.

Serpiente y ave su mirada suma:
da al pájaro fugaz cárcel de escamas,
y polvo y sombra en el reptil empluma.

Sus venas sufren en secretas tramas,
y sobre el monstruo de escarpada espuma
destrenza el cielo arrulladoras llamas.

II. ASCENSIÓN

Caracol de la altura, son del cielo
que esparce en flechas la tenaz delicia,

muerte infunde al oído tu caricia,
pulsada fiesta de una muerte en vuelo.

Pájaro siempre de la luz en celo,
custodia de la mágica primicia,
en tu bruñida pluma el fuego oficia,
y el rastro de tus pies ignora el suelo.

Hijo del aire, voladora gema,
mi sangre oscura en tu garganta pía,
tu corona solar mi frente quema.

Con verdes alas tu fulgor me guía
hacia el seguro de la luz extrema,
caracol de la altura y fuente mía.

III. GLORIA

Serpiente alada y ave ponderosa,
tierra afligida por la sangre dura;
nutrido fue con frutos de amargura
su edén quebrado por la edad sinuosa.

Abierto está el palacio negro y rosa
y en las fronteras de su patria pura
presta a volar la insigne criatura,
sobre el rostro una ardiente mariposa.

Ya le ciñen los gozos del rocío
que irisa las impávidas praderas
del cielo en flor con su llagado frío.

Libre de las infieles primaveras,
victorioso del alba y dueño pío
del rayo que gorjea en las esferas.

TRINO Y UNO

A RUBÉN DARÍO

I

Érase el laberinto musical de la sangre
lleno de soles verdes como semillas ciegas.
Érase una paloma labrada por el llanto,
ceñida por un río de intactas primaveras.
Érase un trino enjuto, copo de ruiseñores,
pulso de llama hundida bajo un árbol de abejas.
Érase la gavilla de los escalofríos,
tornasol de la muerte destellado en las venas.
Érase un rizo negro de guitarra marina,
embrión encristalado por espinosas gemas.
Érase un trueno oscuro de miel desventurada,
un cerrado meteoro de corolas y umbelas.
Érase el irisado huevo de la armonía,
caracol de la brasa, vaina de la tormenta.
Eras tú, niño herido, cápsula del sollozo,
cogollo de siringas, cordaje de la queja,
prometido del viento, príncipe de la brisa,
con un cisne de lumbre derramado en la lengua.
Eras tú, dardo tierno de la rosa futura
apuntado entre arcángeles de borrasca y hoguera.
Eras tú, sal de tigre, lucero de la espiga,
manantial de caminos, nudo de alas y estelas,
los pies en los rosados umbrales de la aurora,
polvo de amargo cielo, premio cruel de la tierra,
a la diestra del Padre con un lirio en la mano,
y el Infierno en la boca como un grano de menta.

II

Erguido ser de palma con raíces de niebla,
oh torre de los pájaros sobre el temblor del alba,
oh fuente voladora, copioso abrevadero,
fuente de boca seca, fuente de lengua en ascuas.
Diapasón de falenas, pauta de las alondras,
enjambre del susurro, terso panal de flautas,
bullente enredadera de labios y de ojos
en ávidas volutas de espiral disparada.
Barro duro, quemado, de cubil y pradera,
carne de antro florido donde un ángel se abrasa,
pies de musgo, de nube, de cormorán, de viento,
cabeza por los iris del canto derramada,
cintura en los picantes ceñidores del vino,
manos en el aliento de luzbel enguantadas,
el pecho una galaxia de humeantes corazones
vestidos de semillas, plumas, crines o escamas.
Entre Dios y los dioses tus entrañas ardieron,
chisporroteó tu sangre sobre la antigua llama,
tus huesos adobaron la viña de Dionisos
y el sacro pan de Cristo tu paladar llagaba.
Haz de arroyos frutales en el jardín del cielo,
mayoral de los cisnes, capitán de fantasmas,
cazador de centellas, sacerdote del trigo,
templo de los adioses llovido por las lágrimas,
un Eros sobre el hombro, te hiere sin descanso
y Thánatos te llena la sonrisa de escarcha.

III

Después de tantos mares donde se deshojaron
en otoños de espuma los leves rostros muertos
y fueron como sombras de incendiados marfiles

a plegarse en el fondo de dormidos espejos,
aquel sol de violetas y oro decapitado
que invadió sordamente la raíz de tu pecho
y trepó hasta tus ojos con moradas espinas,
y hasta tu voz con ácidos aguijones de hielo.
Y aquel canto bruñido por las lluvias del polen
se llenó de nocturnas mariposas sin sueño,
y el viento que jugaba por los altos vitrales
y entre los mirtos tuvo su casa de gorjeos,
resquebrajó el crestado recinto de tu audacia
y fue huracán golpeando tus árboles desiertos.
Mientras se despeñaban los altivos jardines
en un rescoldo amargo de melodiosos ecos,
en las duras florestas las tórtolas morían
ahogadas por un aire de serafines negros,
y cerraban sus párpados los olorosos claves
sellados para siempre por ruiseñores ciegos,
a orillas de la fiesta en que el centauro abría
como un rosario vivo su galope en tu verso,
entre escorias de cisnes y escrituras del frío,
sobre las tenebrosas arenas del desvelo
tú solo, tú en la isla, con las manos desnudas,
sitiada por la noche tu garganta de fuego.

1967

SÓLO LA VOZ

Atrás la tierra, el aire, el fuego, el agua.
Adiós vieja catástrofe del polvo,
juguete antiguo de los dioses, huye
del peje, la mandrágora y el oso;
niégate al ser de tus feroces nubes,
quita al cansado mundo tus amarras,
ni peses ni en mi lengua ni en mis ojos.

Adiós el aire, tus airadas torres,
nupcial obrero de los prados, frágil
arquitecto de sombras y de vuelos;
deja al alisio en su anillada clave,
bórrate de oleajes y veleros:
no perturbes las plumas de la noche
y estanca los andares de mi aliento.

Atrás el fuego, burlador divino:
desiste de tus bélicos jardines,
deja el rayo, la sangre, las colmenas,
vacia los paraísos que ofreciste
de tu sinuosa fábula de gemas;
déjame ver sin ti, falaz amigo,
el perfecto color de las tinieblas.

Adiós el agua y tus floridos coros:
renuncia al mar, al vuelo de las fuentes,
sepárate del canto de las lluvias,
del mullido diamante de la nieve;
quiebra la sed redonda de las uvas

desértame el rumor con que te nombro,
no estorbes ni en la muerte de las juncias.

Atrás la tierra, el agua, el fuego, el aire:
dejad que diga el pensamiento solo
la flor sin cuerpo de mi voz desnuda.

1957

LA PALABRA

De pronto el viento que movía
las vestiduras y las almas
borra en un sueño de ala inmóvil
su rumorosa torre de alas.

Cada mujer y cada hombre
solo en su sola huella marcha,
y se ignoran secretamente
en el desnudo de la plaza.

Todos esperan, convocados
por un silencio de campanas;
todos esperan, sombra a sombra,
que por sus ojos hable el alba.

En cada gota de la sangre
preludia un mar de lenta escama,
y el peso antiguo de la nieve
las vigilantes lenguas cuaja.

Todos tiemblan y nada saben:
algo se triza, algo se alza.
Todos escuchan ateridos,
un rumor de médulas blancas.

¿Quién se detiene y es cruzado
por mil heridas destelladas?
¿Quién ha medido ya su muerte
sobre las losas de la plaza?

Bajo las piedras cristalinas
bellos demonios verdes braman,
y entre los árboles de humo
gemas agónicas estallan.

Las soledades se han quebrado:
se llena el aire de ventanas.
Rechinan dientes en lo oscuro.
La miel de llanto se dispara.

Corren venenos amarillos
por las venas de los fantasmas.
Fuentes suicidas se clausuran,
y desiertos su arena mascan.

Se arrodillan vivos y muertos
en sus túnicas solidarias,
porque hay uno, entre todos uno,
que fue mordido de la llama.

Los dulces pies del alcanzado
lumbre en la tierra azul derraman.
La ciudad hunde sus raíces
en la tersa furia del alba.

Hasta esa boca mensajera
sube una flor desesperada.
Todo el jardín de Dios se encoge
tironeado por las entrañas.

Porque hay uno, entre todos uno,
glorioso pasto de la llaga.
Rey sin ventura. El inocente:
el que ha traído la palabra.

Nº 1746

impreso en editorial galache, s. a.
privada del doctor márquez 81-méxico 7, d. f.
tres mil ejemplares
25 de octubre de 1974